

AMÉRICA EN LA EXPANSIÓN IMPERIAL

Juan Manuel Santana Pérez

Como ha señalado Leopoldo Zea, con Colón se pone en marcha la expansión europea sobre la Tierra,¹ desde este momento comenzará una Historia marcada por la dominación de los pueblos americanos, pero la globalización imperial que impusieron los intereses del colonialismo europeo, se ha transformado ante la emergencia de los colonizados y marginados, los cuales exigen el lugar que les corresponde en una nueva globalización.²

La conquista se inició con la llamada Expansión Atlántica, que culminó con un saldo positivo para la Corona de Castilla: la posesión de algunas de las islas del Archipiélago Canario, y, posteriormente, con el inmenso imperio americano; asimismo, ésta primera experiencia, les sería beneficiosa a los invasores en la medida en que pondría en funcionamiento los mecanismos de control sobre una población sustancialmente diferente a la europea, con lo cual pudieron perfeccionar el sistema y disminuir el margen de error en la posterior conquista del Nuevo Mundo.

La expansión fuera de los límites del Viejo Mundo se produce por razones principalmente económicas. El incremento de la población unido a la falta de metales preciosos para acuñar monedas van a incentivar a las coronas europeas a cruzar los mares en busca de otros lugares donde depositar su aumento demográfico y saciar sus necesidades de oro. América entraba a formar parte de un engranaje a mayor escala, la economía-mundo europea, quedando enclavada en la periferia del sistema.³

¹ Leopoldo Zea, *Cuadernos Americanos*, núm. 86, México, marzo-abril 2001, p. 31.

² Leopoldo Zea, *Cuadernos Americanos*, núm. 80, México, marzo-abril 2000, p. 16.

³ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

Los elementos imprescindibles para acometer esta empresa son primeramente los capitales. Era necesaria la existencia de hombres de negocios que sufragaran tal aventura. Junto a ellos están los hombres de armas, las espadas para “convencer” a aquellos que se opongan a sus intenciones.

De esta manera intervienen dos elementos sociales diferenciados y protagonistas de la conquista del Atlántico: la incipiente burguesía comercial y los hidalgos, faltos de capital pero repletos de honor y honra.

Pero estos elementos quedaban huérfanos sin la participación de el otro de los estamentos dominantes de la sociedad de la época y, que, de ninguna manera, podía quedarse al margen de este acontecimiento, esto es, el clero. Ellos aportaban la cruz, es decir, la justificación ideológica a la conquista, la evangelización del pagano, la necesidad de defender a la cristiandad de los “infieles” y, por si fuera poco, la obligación de todo cristiano de salvar a estas almas del “fuego eterno”. ¿Qué más justificación quedaba que la de emprender la “salvación” de estas almas? Como hemos comprobado, los conquistadores españoles llevaron a raja tabla el precepto de salvar las almas, mientras que los cuerpos eran castigados duramente con el fuerte trabajo, que llevaba a la muerte a gran número de indígenas y constituye una de las explicaciones del declive demográfico que se produce en las poblaciones aborígenes tras 1492.

Flaco favor se le hizo a las primitivos habitantes del continente americano, se les insertó en el capitalismo, ahora, viven en la miseria y pasan hambre y la celebración del V Centenario no les da de comer.

Es así como la cruz, la espada y el capital se dan la mano para conquistar nuevas tierras, primero los archipiélagos atlánticos y luego América, es decir, que bajo la protección de la cruz, actuaba impunemente la espada y se beneficiaba el capital.

La celebración del V Centenario de la llegada de Cristóbal Colón a América volvió a poner en cuestión los elementos principales que participaron en este colosal evento. Aunque se fue reafirmando su carácter de “Encuentro” frente a otros términos como “Descubrimiento” o “Conquista”, lo que los historiadores encargados de cantar las gestas no pueden ocultar, ni adulterar, son los móviles que impulsaron este suceso, así como tampoco los elementos materiales e ideológicos que utilizaron para subordinar a los indígenas, legítimos propietarios de la tierra que los castellanos usurparon con total impunidad. No se trata de hacer la película de los buenos y los malos, sino de valorar científicamente unos acontecimientos.

Sin embargo, en estos diez últimos años podemos ver que aquellas celebraciones trataban de poner a los científicos sociales a trabajar en la línea de recuperar los nexos entre los pueblos europeos y latinoamericanos, por que ello significaba poner las bases ideológicas para una reexpansión im-

perial de los países ricos sobre los pobres. A partir de la década de los noventa hemos asistido a la reconquista de América, las grandes empresas europeas, principalmente españolas, en las que se encubre el capital alemán, han aprovechado las succulentas ventajas que dejaban las políticas neoliberales y privatizadoras por todo el continente. Así vemos que la banca como líder económico, seguido de telecomunicaciones, líneas aéreas, petróleo e industria, han ido comprando esos sectores en la mayor parte de países de América Latina. Las entidades financieras españolas están presentes en 13 países:

Banco Bilbao Vizcaya: Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México, Paraguay, Panamá, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela.

La Caixa: Brasil.

Caja Madrid: Cuba.

Banco Santander Central Hispano: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, México, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela.

La crisis de la deuda, el colapso de los precios de los productos básicos y el creciente proteccionismo en Europa han confirmado que las relaciones entre América Latina y Europa constituyen un obstáculo al progreso de los primeros. La enorme y creciente diferencia de poderío económico entre ambas regiones es un reflejo de la división internacional del trabajo, que ha condenado a América Latina a especializarse en productos de poco valor añadido y a emplear técnicas de producción y producir bienes de exportación de bajo nivel tecnológico.

La política económica de los Estados en este fin de siglo ha dado un giro histórico que ha cambiado diametralmente su sentido, es un giro histórico de alcances profundos y grandes consecuencias. Se trata de todo un modelo económico y una base ideológica que lo justifica, que viene a ser una repetición de los intentos de perpetuación y de justificación de las relaciones de dependencia entre los países ricos y los países pobres. Estas relaciones han desgarrado el tejido político, cultural y económico de las sociedades latinoamericanas, ha asimilado a unos pocos y ha explotado a la mayoría.

El desarrollo sostenido de América Latina requiere una reestructuración fundamental del sistema económico internacional, crear un sistema mundial más justo, más racional y más duradero. La reforma de la economía internacional, es tanto una demanda de los países pobres como una necesidad del propio sistema internacional, que debe abarcar los sistemas financiero, monetario y de comercio internacionales.

Ahora tenemos "la globalización" sin embargo, ya aparecen signos que muestran la crisis del actual capitalismo mundial, que se manifiesta en el hecho de que los beneficios derivados de la producción no encuentran salidas suficientes en forma de inversiones lucrativas capaces de desarrollar posteriormente nuevas capacidades productivas. El lenguaje continúa siendo un eufemismo para referirse a formas de explotación social y nacional, esa retórica globalizadora actúa como una máscara ideológica tras la cual se oculta el creciente poder de las multinacionales y de sus directivos, a la hora de enriquecerse y de explotar el mercado mundial a una escala sin precedentes. Es decir, la globalización se convierte en una palabra clave en la progresiva hegemonía del imperialismo de Europa y Estados Unidos. En realidad no es más que una mundialización del capital, ni siquiera podemos hablar de una mundialización económica.

Todo esto se pretende vestir de un discurso filosófico que dé cohesión ideológica al sistema, pero las influencias de la posmodernidad llegan a un continente que ni ha conocido ni conoce el capitalismo hiperdesarrollado, con sociedades de relativo bienestar social y opulencia, lo que cuestiona más aún muchos de los presupuestos de esos grandes pensadores europeos del nuevo milenio.

El nuevo sistema mundial exige regímenes equitativos en la esfera de la ciencia y la tecnología y de ordenamiento del medio ambiente y el patrimonio mundial. Las instituciones internacionales deberían reorganizarse de modo que fueran más democráticas, más eficaces y más activas.

Los grandes perdedores de este proceso han sido los pueblos indígenas. La historia de estos pueblos, al menos desde principios de la Edad Moderna hasta la actualidad, es la historia de su exterminio, esclavitud, servidumbre, pillaje, explotación, traición y expropiación por parte de los representantes de la sociedad dominante, ya sea administración colonial, gobierno nacional, clero, clase terrateniente o empresa multinacional. Las pocas excepciones honorables confirman la regla. La historia de "la destrucción de las Indias" no es breve, como decía Bartolomé de las Casas, quien solamente observó el inicio de este proceso.

Después de la independencia, en la mayoría de los países fue abolida la legislación especial y se consideraba a sus pobladores autóctonos como ciudadanos libres e iguales. En la práctica, sin embargo, la desigualdad económica y social se mantuvo y hasta se agravó con el desarrollo del capitalismo agrario durante el siglo XX. En muchas regiones, la abolición de la propiedad comunal y la rápida expansión de la propiedad privada tuvo como resultado la expropiación masiva de las tierras que les habían pertenecido.

Durante siglos, éste Cuarto Mundo ha sido víctima de todas las violaciones de los derechos humanos (desde aquellas primeras discusiones entre teólogos acerca de si tenían alma). Actualmente, reclaman no solamente el respeto de sus derechos humanos individuales, sino también la conquista de derechos colectivos y culturales derivados de su existencia como colectividades concretas con características étnicas y culturales específicas.

Gran parte de estos pueblos fueron obligados a pasar por un proceso, durante el cual otros grupos humanos penetraron y establecieron su propio Estado y denominaron al pueblo originario "minoría étnica". Sin embargo, existen territorios en el mundo donde es difícil determinar cuál es el pueblo originario.

Desde hace mucho tiempo estos pueblos son cazadores-recolectores, agricultores, pescadores o pastores, o combinan varios de estos modos de vida. Hoy, una aparte de estos grupos humanos es "integrada" en los barrios pobres de las ciudades.

En los últimos quinientos años, la civilización occidental ha extendido un sistema de valores por el resto del planeta. Dada su enorme superioridad técnica, económica y militar, puede forzar a las minorías a adaptarse o desaparecer. Se ha producido y se sigue dando un brutal proceso de aculturación para que todo el planeta adquiriera los valores del *american way of live*.

Se trata de uniformizar, todos debemos ser iguales, no se permite que haya grupos humanos fuera del redil. Las lenguas indígenas han quedado poco menos que prohibidas, aunque en ocasiones son las más habladas. Es preciso la defensa de esas lenguas porque el lenguaje enriquece. Si en Canarias se hubiese conservado la lengua de los antiguos aborígenes, seríamos diferentes.

Tal vez lo mejor sería hablar sin más de pueblos ricos y pueblos pobres, como si de un conjunto social se tratase.

Estas comunidades habían sido expoliadas por los europeos a partir del siglo XVI hasta el siglo XX. Ahora ya no se produce una extracción directa, de forma colonial, actualmente son sus propios grupos dirigentes los que expolian al máximo sus recursos y el beneficio de la sociedad "desarrollada" se basa en unos intercambios económicos desiguales y desfavorables; un cierto número de Estados tienen sus economías condicionadas por el desarrollo de los otros y coloca a los subdesarrollados en una situación de desventaja.

Pero el problema de los pueblos indígenas, también es de confrontación cultural, como ha dicho la premio Nobel Rigoberta Menchú, éstos pueblos tienen el derecho a ser diferentes. Estamos en un mundo domina-

do por una ideología mayoritaria que se extiende de un rincón a otro del planeta, todo lo que no se ajuste a esa ideología está en minoría, sean personas, pueblos o Estados.

Las variables que se han inventado para medir y comparar a estas culturas con la nuestra, como el grado de alfabetización o los *test* de inteligencia, se han elaborado según nuestros parámetros y, de esta forma, nuestra civilización siempre sale victoriosa de la comparación. Sin embargo, si nos fijamos en otros puntos como el beneficio energético, se tornan los resultados, porque es mayor en los pueblos cazadores-recolectores que obtienen más calorías que las que invierten, es decir, que su rendimiento energético les da un balance netamente favorable. Por su parte, la producción de los países occidentales no tienen tanto rendimiento energético, sino que, se produce mucho más pero para ello hay que invertir mucho más también, haciéndose preciso invertir una gran cantidad de energía que se pierde y que no es de nadie, lo que se traduce en contaminación, deforestación, sequía, aniquilación de especies, etc., en una cadena corrosiva. Habría que cuestionarse si nosotros tenemos derecho a derrochar las existencias energéticas del planeta sin contar con todos los pobladores del mundo o, los que vendrán detrás de nosotros.

Por otro lado, a estos pueblos se les han impuesto una serie de normas culturales propias de nuestra civilización, con lo que han perdido algunos controles demográficos debido a las prohibiciones impuestas por nuestras leyes y normas, sin que se les oferte otro tipo de control eficaz. El resultado es que se dispara la población y se pierde el equilibrio ecológico que habían mantenido con el medio físico.